

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS¹⁹

El siglo XVI fue para España y para sus colonias, el siglo místico por excelencia.

Místico, en el verdadero y en el falso sentido de la palabra. En el alto sentido de ella; porque en ese siglo florecieron aquellos maravillosos misioneros franciscanos y dominicos, honra del cristianismo y gloria del género humano; porque en él vivió el inmenso Fray Bartolomé de las Casas, “hombre extraordinario, fenómeno de su siglo y admiración de los venideros”. Y también por haber sido la cuna espiritual en que se mecía el ágil y alado espíritu de Sor Teresa de Jesús, y porque en él asombró al mundo aquel emperador que, amo en dos continentes y en pleno apogeo de grandeza, abdicó la corona, renunció al mundo se negó a sí mismo, yendo a esconder su dolor y a apagar su orgullo, en el fondo de un monasterio.

Místico en el sentido mezquino y pobre de la palabra; porque esa centuria se vio manchada con los peores excesos de la Inquisición y con las aberraciones atroces de las más crueles hecatombes guerreras, por causa de religión...

En ese siglo, la historia de la Nueva España, en su aspecto excelso y olvidando por un momento los horrores de la Conquista, es la historia de los grandes misioneros y de los ilustres obispos; generosa estirpe que había de tener muy escasa decencia.

Sería absurdo, por lo mismo, no matizar, no alumbrar un poco aquel negro cuadro de tinieblas, con el espectáculo alentador y magnífico de las vidas calladamente eróticas de Fray Bartolomé de las Casas, de Vasco de Quiroga, de Fray Juan de Zumárraga, de Jerónimo de Mendieta, y de tantos otros paladines de la verdad y del esfuerzo cristiano.

Entre todos descuella por su firmeza, por su robusta fe en la justicia, por su piadoso amor a los que de ella tienen hambre y sed, por su augusta virilidad para desafiar a los fuertes, por su sincero modo de entender y de

19 *El Universal*, 4 de enero de 1927.

practicar el cristianismo (flagelaba a los mercaderes y fustigaba a los hipócritas y a los tibios), y, sobre todo, por los torrentes de luz que arroja sobre el futuro de México, iluminándolo con la santidad de su credo (que había de ser el nuestro) y por la profundidad de sus adivinaciones; el egregio, el incomparable Fray Bartolomé de las Casas.

Es él —dice don José Fernando Ramírez— “una de las figuras más colosales y de los tipos más prominentes del siglo XVI, no sólo en América, sino aun en Europa”.

Y, ¿por qué no decirlo, ya que Fray Bartolomé pertenecía tanto a México como a España?

El, con Cuauhtémoc y con Morelos, forma la más gloriosa trinidad de nuestra historia: Cuauhtémoc, el más grande de los aztecas; Las Casas, la figura más alta del régimen colonial; y Morelos, el héroe máximo de la Independencia y el genio más completo que haya producido la raza.

Significativa trilogía: un indio, un español, y sumándolos a los dos y amonizándolos en suprema síntesis, un mestizo genial, fundido en el crisol que de dos razas hizo una nueva.

Fray Bartolomé, como el Santo de Asís, inicio místicamente su carrera de luchador.

Explotaba él a los indios de la Isla de Cuba por el año de 1514, como un vulgar encomendero, cuando un día, leyendo ávidamente un libro casi olvidado por los hombres de hoy, el Antiguo Testamento, tropezaron sus ojos con estas frases del capítulo 34 del Eclesiástico:

“Es mancillada la ofrenda del que hace sacrificios de lo injusto. No recibe el Altísimo los dones de los impíos ni mira los sacrificios de los malos. El que ofrece sacrificios de la hacienda de los pobres, es como el que deguella a un hijo delante de su padre. La vida de los pobres es el pan que necesitan. El que lo defrauda, es hombre sanguinario. Quien quita el pan ganado con el sudor, es como el que mata a su prójimo; quien derrama sangre y quien defrauda al jornalero, hermanos son.”

Estas frases de maldición contra los que amasan fortuna con la sangre de los trabajadores, produjeron en Bartolomé de las Casas, el clérigo dedicado a explotar su encomienda, un efecto extraordinario. Fueron para él un llamamiento venido de lo alto, para la reforma de su vida, que se deslizaba ignorante de los grandes principios de regeneración social que en el fondo del Evangelio palpitan, invitando a los hombres a una acción efectiva y de todos los instantes, en defensa de los débiles.

Esas palabras del texto bíblico provocaron en su espíritu una crisis decisiva y renovadora que al destruir en él al hombre viejo, poseído por la codicia y por el apetito de dominación, hizo surgir al hombre nuevo del Evangelio, al que sabe de renunciaciones y sacrificios, cree en una justicia ideal, y ha aprendido la verdad suprema, única capaz de explicar el destino del hombre sobre la tierra: para conformarse con la voluntad del Creador, el mejor camino es poner sus energías todas al servicio de la redención de los demás.

Sería desconocer la historia, ignorar que esta virtud dinámica del verdadero cristiano, es omnipotente para realizar el progreso. Ella fue la que pudo destruir un mundo y echar abajo una civilización, con sólo el esfuerzo de doce hombres, escogidos por Cristo entre los más despreciados y abatidos. Fue también la que salvó a la humanidad y a la cultura en la Edad Media. Fue, en fin, la que impidió en América, que la crueldad de los conquistadores exterminara en Tierra Firme la población indígena, infamemente diezmada en las Islas.

Esta es la diferencia profunda entre el cristianismo sinceramente practicado —todo abnegación, pero todo también dinamismo y acción— y aquel otro cristianismo, de pura ceremonia y de simple exterioridad, que practican las gentes del siglo, y el cual ni es culto a Dios “en espíritu y en verdad” que Jesús de Nazaret preconizaba, ni es apto para producir obras grandes de caridad y de justicia, y si logra en cambio esterilizar las generaciones en un hieratismo de muerte y en una lamentable abulia que anquilosa la voluntad, impidiéndola llegar a la acción palingenésica, a la acción creadora que lleva en sí misma el secreto de transformar las cosas, transformando previamente a los hombres.

Las Casas sí recibió y aceptó la fecunda revelación de lo alto. La semilla de la buena nueva, no se perdió para él en secos arenales, ni la arrebató el polvo del camino. Fructificó en su alma y llegó a ser frondoso árbol de fe, de verdad y de justicia.

Las Casas enarboló valientemente la bandera de Cristo; renunció a los bienes terrenales, dijo adiós a su vergonzosa vida de encomendero (simple tratante de carne humana), y en vez de dedicarse a la infecunda vida contemplativa de los ascetas, adoptó el Evangelio como su programa de combate.

A los cuatro vientos lanzó esta su doctrina de cristianismo regenerador: “Sobre todas las leyes que fueron, y son y serán, nunca otro hoyo ni abra (hubo ni habrá) que así requiera la libertad, como la ley evangélica de

Jesucristo, porque ella es la ley de suma libertad...” (Las Casas, “Remedios contra la despoblación de las Indias Occidentales”, razón 2a., al fin).

De aquí dedujo Las Casas, como forzoso corolario, que “las encomiendas, los repartimientos y todos los medios inventados por el interés para forzar el trabajo de los indios, eran injustos, ilegítimos y pecaminosos.” (“Noticias de la Vida y Escritos de Motolinía”, por don José Fernando Ramírez, página LVIII).

Semejante ataque a los intereses creados, tenían que conmover a éstos profundamente, y así sucedió.

Las persecuciones y las hostilidades contra Las Casas, no tardaron en producirse. Llovieron sobre él los peores denuestos; se le llamó “bellaco, mal hombre, mal fraile, mal obispo, desvergonzado: alborotador de la tierra, inquietador de los cristianos, favorecedor y amparador de indios feroces; diablo tentador que debería ser encerrado en un convento para que llorara sus culpas...” (Ramírez, pág. LXXVIII y LXXXI, y biografía de Las Casas por Quintana).

Los encomenderos promovieron tumultos sobre Las Casas, y bien pronto el odio contra éste se hizo general. “No había en Indias, nos dice Quintana, quien quisiese oír el nombre de Las Casas, ni lo nombrase sino con mil execraciones”.

La reacción del siglo XVI se sintió pudorosamente escandalizada con las prédicas de Fray Bartolomé, quien, sin embargo, no hacía otra cosa que esgrimir las doctrinas del Crucificado, pidiendo a nombre de él justicia para los oprimidos.

Una vez más se cumplían las palabras del Evangelio: “Bienaventurado aquel que no se escandalizare de mi proceder”. “Vosotros mis discípulos, vendréis a ser odiados de todos, por causa de mi nombre”. “No os traigo la paz, sino la espada”.